

HOMILÍA DE PASCUA'2009

Getsemaní, triste jardín del edén,
oscuridad de un abismo caótico, informe, mortal;
el mundo se echa encima de Cristo
y nadie resiste ante el poder de las tinieblas.

Un discípulo permanece,
vestido apenas con una sábana,
como si estuviera amortajado
muerto de miedo
y del frío de un mundo
que no deja espacio al sol de la vida.
Escapó soltando la sábana y,
desnudo,
no sabemos si vive,
si ha conseguido alcanzar el día,
si alguien lo ha recogido y revestido.

Eres tú, esposa *afligida, zarandeada, desconsolada*.
Eres tú, hombre que ha perdido,
al escapar,
la hermosura que el que te ama puso en ti.

Vas por los caminos del mundo,
por las calles de tu ciudad
como un exiliado, sin encontrar hogar definitivo,
siempre inquieto,
esperando que el aliento del Señor vuelva a besarte
e infunda en ti sabor de vida verdadera.

Vas por *bosques y espesuras, por playas y riberas*
buscando sorbos
de felicidad, paz, de descanso para tu alma.
Vas de aquí para allá
mendigando
lo que nadie, sino aquel que abandonaste, te puede dar.
¿Quién podrá sanarte?

Vas, sí, pero la vida parece enterrada
con una piedra demasiado grande
como para rescatarla
o dejarte rescatar por ella.

Saliste corriendo y vas perdido en la noche,
sin rumbo,
sin saber donde refugiarte,
sin que una palabra sepa guiar tu corazón por los caminos de la paz.
Oíste que estaba entre los hombres,
la tuviste entre tus manos
pero sembrada en medio del camino
la pisaron.

Tienes miedo, aunque no lo digas,
y te escondes en la noche.
Las sombras que buscas para ocultar tu inquietud,
a veces luminosas,
llenas de la exuberancia que aún puede dar de si tu vida,
son sólo sombras,
reflejos fantasmagóricos que ocultan la verdad de tu corazón.

Han pasado varios días ocultos por una larga noche
y tú caminas hacia el sepulcro
cuando el alba quiere abrirse
y empujas con tu deseo queriendo ayudarla;
sientes como las sombras de tus siete demonios
intentan volver a anidar en ti
ahora que caminas en medio de la pena;
guardas, sin embargo, en la memoria de tu corazón
el amor con que te vestían
aquellos ojos de luz pura.

La piedra está corrida, la puerta abierta.
La claridad nace de dentro de lo que sólo parece un sepulcro.
El miedo se hace denso
pues no sabes si tu vida tan gastada
atraerá la mirada del amor;
no sabes si tu alma ennegrecida
podrá ser nido atrayente para él.

Pero entras.
Otro ha llegado antes que tú,
es tu anhelo mismo
vestido ya de blanco;
eres tu misma
que huiste desnuda y apareces ante ti bella, luminosa,
contándote a ti misma con un corazón renovado
lo inefable: *Ha resucitado.*

Vuelves la mirada hacia atrás
y sólo ves los restos de la muerte.
Ves tu vida,
aquel hueco escavado en un corazón de roca
donde pusieron a Jesús,
convertida en hogar de carne
y envuelta en el manto de luz
con que te abraza para siempre el que siempre te amó.

Tu vida y la de Cristo juntas.
Tu vida vestida de Cristo para siempre.
Tu vida resucitada en Cristo.
No le ves, pero ¡te ves tan distinta!
Se apagó ya la inquietud de vivir una vida muerta,
Se encendió por siempre para el mundo la *llama de amor vida*.
Y oyes en tu corazón:
no tengas miedo, lo verás al caminar sobre sus pasos.

El corazón se estremece.
Se mezcla en ti el miedo,
las ganas de soltar otra vez la sábana y huir,
pues sabes que el sepulcro es la cámara nupcial
y que quizá hayas de sacrificar a Isaac, el hijo de tus proyectos;
pero permaneces aquí,
con una alegría desconocida,
con las demás mujeres,
con los que te acompañan en esta liturgia de vida,
dispuesta a cantar el aleluya de la resurrección.

El Señor te mira, nos mira a cada uno de nosotros,
resucitando nos resucita,
viviente nos llena de vida;
amante nos viste de su amor,
atravesando el gris del cielo y el negro de la tierra.
¡Oh noche amable más que la alborada!
El mundo se viste de luz nueva de vida renovada.

Y los ángeles asomados en el cielo,
contemplando todo lo que Dios ha hecho, comentan:
es verdad, *Cristo ha resucitado*.
Y danzan para siempre dando alas al amor.

Felices pascuas.